1

BESITOS CHU 233765



BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

10 cénts.

1

233765

97/1505155

Besitos Chupados

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

I

—Pero ¿qué? ¿te ha abandonado tu mujer?...

—Sí... Con todo su equipo... Bah! Una más...

—Pero ¿así lo tomas?... Vaya un fresco.

—Mas cálido de lo que tu sospechas.

—Y eres escultor!... Me la vas a dar con queso.

—Quiá!... El queso lo quisiera para mí... Con el hambrecilla que me está acosando... La mala pécora!

—¿Qué pécora? El hambre?

—Me refiero a esa pérdida. ¡Casta! Casta había de llamarse para ponerme unos cuernos tan al natural. Dí! Se me conocen en la frente? Yo ni siquiera me miré al espejo...

—Pues maldita sea tu Casta...

—Gracias!... Estaba por tirarme...

—No ahora, no! Disparate.

R. 3224184

—Tirarme al rio, digo...

—Pero si el Manzanares no admite «huéspedes». Es muy bajo de techo, pequeño.

—Tu eres alta de puente...

—Como el acueducto de Segovia ¿no?.. Pues suicídate... ¡hala!

—Ala, no. No inventes cosas de comer... Ansiosa! Desconsiderada.

—Pero no claves mucho los incisivos, que tu abusas y te duermes en la suerte...

—Ya que alas rechazas, toma pechuga!

—Sí; pero tu abusas en cambio de los chupones... Tus besos chupados son tu especialidad... Y por ellos precisamente me ha plantado mi propia!

—Pues nos caimos!

—Y se me ha llevado todos mis ahorros...

—La maldita!.. Ven, sientate en mi regazo... No pesas y ya sabes que mis carnes son de resistencia...

—Jesús!.. Esos muslos sí que ganan a los de Casta...

—Ay! me extremezco!—Como ahondas!..

—Y tu; cómo gozas Ladrona!

—Pérez... Pérez!.. Ay! ¡aaay!

—Deja que te dé ocho o diez mas de esos ¡chupados ¡Chas ¡Charras! Chaaaas!..

Marca mía!...

—Aquella deletérea hembra consolaba al buen Pérez; Gonzalo Pérez Oso, escultor y cornucopio de profesión; más ejerciendo de ésta que de la otra...

—¡Cuanto dices que se ha llevado tu costilla?

—Cuarenta y tres *blancas* y media, unos calcetines sin estrenar y un cuadro que figuraba el fin de Numancia..., amen de un lorito disecado.

—¿Para que querrá ella el loro?

—Qué se yo! Como se lo regaló su suegra... que en gloria *no* esté!

¿En la habitación de al lado habría alguien?

Unos golpecitos significativos... llamaron la atención de los que departian tan amenamente.

—¿Estás ahí Pepona?

—Le darás un recado a Pepa, muchacha?

—Como nó, viniendo de usté!

—Pues que en cartería he visto por un casual una carta certificada para «Josefita del Monte»

—Estimando... No dejaré de darle el recadito...

Se conoce que el vecino aquel era un tío desinteresado o un hombre de escasa

curiosidad.

Y se conoce asimismo que el tal Pérez, cuyo disgusto doméstico no impedía fuera un sátiro de marca mayor no le hizo gran caso al del recadito; pues seguía magreando y achuchando a su aglomerada, la ilustre Pepona, que era una bendición.

—Si que tienen aberturas estas medias.

—Mas arriba más.

—Sí, sí. Ya tengo tus desopilantes senos.

—¡Baja!

—Ya tengo tu ombliguito seductor...

—¡Bajaaa!

—¡Oh!... ¡Eres ebúrnea y musculosa, Pepa! ¡Te adoro!

II

Lo que sí ignoraban aquellos atortolados Pepona y Pérez-Oso que la tal Castita' la costilla... *falsa* del último le había salido una enredadora y mucho más taimada y embustera de lo que la Pepona y todas las Peponas del globo hubieran llegado a calcular.

Prueba al canto, y hagamos un poco de historia.

La mal llamada Casta estaba que bebía los vientos desde mucho antes de contraer el consabido nudo, por un primo lejano suyo llamado Amílcar, novelista por entregas, tipo que personalmente resultaba una entrega más, dado su temperamento complicado, vicioso y conquistador impertérrito... a más de otras distinguidas cualidades que le adornaban, como judador pendenciero y concurdánco; vamos un sujeto tal para cual se merecía la mujer de Pérez-Oso.

Además el tal escultor, al fin y al cabo, un Juan Lanas más en la lista de los maridos engañados, creía de buena fe—y era en rigor lo que más sentía—que doña Casta se había llevado consigo a más de su honor conyugal... Cuarenta y tres pesetas y fracción.

No obstante existía una pequeña diferencia entre lo *distraído*, por la taimada y la suposición del marido; una diferencia de 4.000 del ala, mondas y lirondas, cantidad que el pobre Pérez ignoraba haber ingresado en el domicilio conyugal, producto de la venta hecha por la astuta Casta, de una estátua de Neptuno en barro cocido, original del susodicho marido y que había desaparecido de su taller inopinadamente, junto, con algunas alhajas de poco valor,

cierta noche de tormenta en que asaltaron la casa ciertos fingidos ladrones, tres en total, capitaneados por el pillastre de Amílcar; en resumen, un verdadero capítulo de novela, con todos los detalles imaginado y ejecutado rápidamente por el propio novelista, a fin de despistar al escultor-marido.

A los ocho días de la huída expresada de Casta de su domicilio, ella y el amante, el redomado Amílcar Butrón, constituyendo la parejita más feliz y despreocupada del mundo asistían a un baile de máscaras, poco concurrido que daba el club *La Odisea*, una especie de sociedad literaria y artística, de la que era miembro de los más distinguidos y aprovechados Amílcar, el casi popular novelador.

—¿Gozas mucho?—pregunta éste convertido en un modesto diablo de percalina roja a su pareja.

—¡Cómo no, diablo mío!

—Dime ¿nos gastaremos esta misma noche las cuatro mil beatas de tu beatífico cónyuge?

—¿Todas? Anda, lagotero.

—¡Qué caray! Improvisaremos un capítulo más. Acá he mandado traer dos docenas de trajes de apaches; una vez disfrazados yo y mis compañeros, asaltaremos

al banquero del principal y le meteremos un susto de los que hacen época.

—¡Eres el mismo demonio!

—Ya lo sabía—asintió el otro contoneándose satisfecho como si fuera el propio rey del averno en persona.

La orquesta principió un tango sugestivo.

Pusiéronse a marcárselo las veinticinco o treinta parejas que había en el esmirriado local de la «Odisea».

Pero convendrá hacer notar que lo que se perdía en número, ganábase en entusiasmo, pues entusiastas eran y de lo más castizo por el agarrao todos aquellos socios literatos de aluvión.

Las manos de ellos hacían diabluras durante la danza, sobre las morbideces de ellas, ocultas bajo los efímeros disfraces.

Los suspiros y los jadeos, los besos y el parcheo estaban a la orden del día.

Los muslos de ellos apelmazándose entre las piernas de las prójimas correspondientes y los labios respectivos prodigándose en libidinoso contacto con los de los caballeretes.

Una comparsa de «Adanes», cuya indumentaria corría casi parejas con el Adán nuestro padre común, campaban por sus respetos entre el mujerío (que abundaba

mucho más que el sexo fuerte).

—¿Te gusta mi traje?—decía una Eva casi en cueros a su Adán.

—Estás propiamente paradisíaca, no digo más!

—¡Pues vamos a catar la manzana, en un reservado!

—La manzana y cuantas frutas más nos apetezcan... ¡dislocante!

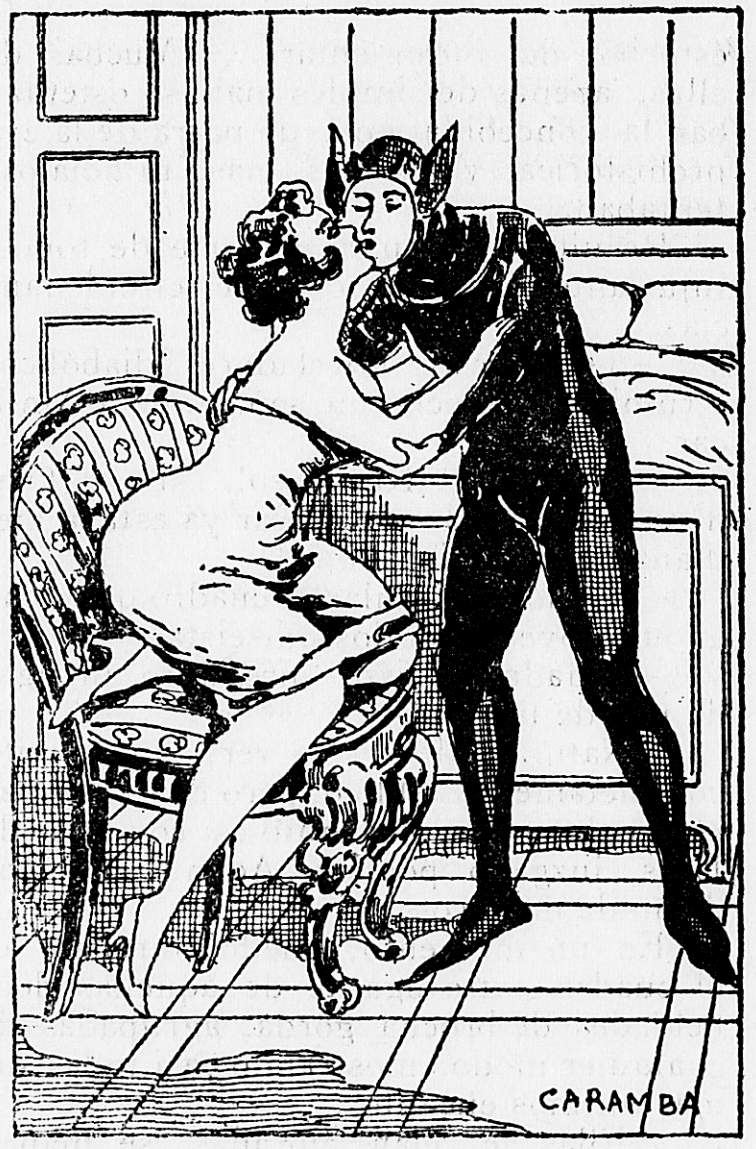
Entráronse en un espacio reservado, donde se les anticiparon ya, ocho o diez parejas, quiénes aprovechándose de la semi oscuridad, entregábanse a los desvarios propios y naturales de la ocasión y el lugar.

—¡Dame más licor!... Bebamos, olvidemos—decía un Godo a su mora correspondiente.

—Tómame el pulso. chacha, rezongaba un febrífugo bohemio pintor—estoy que echo chispas.

Los que más desbarraban, triunfando y moviéndose incesantemente, eran Amílcar, el director de aquel cotarro y Casta, la mujer de Pérez-Oso.

Todo era destapar botellas y más botellas de champan; éste se derramaba con prodigalidad heliogabálica, sobre los pechos libres de traba, del mujerío,; sobre sus piernas venustas, no menos horras de



estorbos de indumentaria... Muchas de ellas, apenas de simples mallas, ostentaban la concebida hoja de parra de la eva prehistórica, y algunas más, ni hoja ostentaban.

Resultaba el cuadro, fuerte de tonos, lujuriante de aspecto y de circunstancias.

—¡Olé, por los noveladores diabólicos y rumbosos—decía uno señalando a Amílcar.

—¡Rumbero! ¡Rumboso!... si que ¡Ola, digo, ¡olé!... (El tal Amílcar ya estaba medianamente achispado).

—Vamos a simular el cuadro que tengo en proyecto, pollos odiseistas.

—¿Cuadro al vivo?—preguntó intrigada una de las Evas.

—Natural, hija... A ver, un asunto completamente bíblico, pero con reformas y arreglos míos. El asunto es: concurso de Evas, juzgado por un Adán... el más Adán de nosotros.

En un momento, quedó completo el el cuadro extravagante de aquellas doce beldades de brocha gorda, agrupadas de cualquier modo, mostrando casi todas sus más íntimos encantos.

—Ellas se reían alocadas, se manoseaban orgullosas de ostentar tan próvidas

bellezas. Aquellos flancos de líneas atrevidas, de blancura más o menos nivea; aquellos vientres satinados, aquellos muslos tan ricos en curvas dislacerantes y tentadoras daban la sensación más que de un cuadro de Tiziano o Rubens, de una verdadera fiesta pagana,

III

—¿Cuátas horas hace que divagamos, Pepe?

—¡No sé; como hemos corrido tanto!... Me siento con ganas de tomar algo...

—Pues como no sea... una resolución. ¡Estoy exhausto, chica!

—Vámonos a la fonda...

—Gracias... ¡No hay con qué!

—Si digo *La Odalisca*, la fonda donde presto yo mis servicios.

—Esto es distinto... Vamos... Pero no cuentes conmigo... No llevo más que alguna calderilla.

—Un duro, como si lo viera...—ríe ella maliciosa.

—Justo, ya lo has visto, palpándome el bolsillo del pantalón.

—Pues este duro... lo gastaremos todo

entero,.. cuando estemos en mi alcoba...

Subieron a *La Odalisca;* un establecimiento de tercer orden, aunque bastante limpio.

El ama riñó un poco—por la forma nada más—a la intrépida Pepona, que como con su gancho y su bella prestancia de hembra viciosa llevaba a la casa excelente clientela, era allí la niña mimada y obraba como le parecía mejor.

—El señor—refiriendose a Pérez-Oso—es cosa mía, doña Prisca—indicó Pepona guiñando el ojo a la dueña. Esta comprendió y no replicó observación alguna.

—¿Está ocupado el 26?

—Creo que sí... He visto una pareja rara. Un demonio rojo y una Eva, casi al natural.

—Bien, estamos en carnaval. ¿Y el 20?

—El 20 está libre... ¿Es para ti, Pepilla?

—Para ambos—rectificó Pérez... que comprendía estaba haciendo el oso, con su mutismo.

—Celebro tanto... Vayan tranquilos. Si alguien pregunta por ti, ya te aviseré, Pepilla.

—Piensas mucho en ella, en tu mujer?

—Asi, asi.—Si no fuera por tus flancos que tienes tan turgentes!

—¡Ay, Gonzalín!.. Como me gustaría tener un nene... contigo!..

—En barro lo tendrás; que de los otros nequaquan!... Cuestan mucho de mantener...

Una risa, dislocada vino a herir sus oidos cuando ya estaban próximos al final anhelado. ¿Qué sería aquello?

—Espera, nene—dijo ella en voz baja.

—Yo conozco esa risa... Si será mi mujer... ¡Me ha parecido!

—¡Calla! Pronto saldremos de dudas... ¿Ves en la pared un agugerito? Pues por ahí.

Púsose a mirar ávidamente.., Perez-Oso, ni corto ni *idem. idem.*

¡Es ella, sí!... A él no le conozco como está de espaldas y apenas si hay luz en la habitación...

—Dime, Pepona; ¿están en esta fonda hace días los pichoncitos esos?

—Hará un par de días nada más ¿por qué?

—Tengo una idea... ¡Oh! Es un plan diabólico... ¿Tienes ahí ropa con que disfrazarme?

—La de mi hermano, Andrés... Espera.

—¿Armas no tiene?...

—Qué barbaro ¿para que? Vas a perderte por una perra así? ¡Gonzalín!

—¡Perderme yo!.,. ¡Vamos!... No te preocupes... Mi plan es precioso; lo que es como ese gacholi sea el que yo supongo.

—¡Cállate!... Ahora van a salir,,. Ya salen... Pero vendrán a dormir de madrugada.

—¡Oh! ¡si!... El; es el mismo; Amilcar Butrón, un novelista de los más adocenados, un sinverguenza, primo de mi costilla... ¿Se la van a cargar como me llamo Gonzalo!,..

Déjales ahora y... ¡a lo nuestro!... ¡Me has prometido un rorro!

Se conoce que habré de recurrir a mis grandes medios!

—¡Ah! Si,.. A tus famosos «besos chupados»... Ven, Pepona... ¿A olvidarnos del mundo?...

***

Durante una ausencia accidental de Pepa, Gonzalo al salir al corredor, vió abierta la puerta del número veinte, ocupado poco antes por su mujer y su raptor, penetró, resuelto, en la habitación.

Una vez allí comenzó a revolver los papeles, que contenía el cajón de una cómoda. Gran sensación hizo en el hallazgo de una preciosa esquelita, cuyo contenido, no por breve era por ello, menos substancioso!

«Bebé; Las cuatro mil beatas que por el «Neptuno» original de mi esposo dió un concejal del Ferrol, están a tu disposición; cuenta con ellas y con el alma y el cuerpo de tu Casta»...

Sonrióse Gonzalo ante aquella inesperada revelación, pero su risa era infernal, reconcentrada. Solo de sus labios salieron estas expresiones;

—¡Casualidad como esta!... ¡Buena! ¡Buena! Pero buena ha salido mi cara costilla... El capítulo de novela que les preparo va a resultar de un efecto melodramático, sublime.

Aquella madrugada ejecutó Gonzalo su plan, metódico, ordenado.

Desfigurado préviamente, habíase tiznado el rostro y puesto bigotes postizos... Su indumentaría, ad hoc. deplorable y casi harapienta... Un perfecto apache no la usaria más apropiada. A eso de las tres de la madrugada, cuando más descansadamente se entregaban al sueño Casta y el apuesto novelista... un ruido producido por una mesa al caerse les despertaron sobresaltados. Amílcar puso mano al botón del conmutador eléctrico. Al iluminarse la habitación su pavor no tuvo límites... Casta al mismo tiempo dió un grito y agarróse con ambas manos al cuello de su amante.

—¡Eh! ¡Pollo!,.. Vengan las cuatro mil del ala, a que se refiere esta esquelita... ¡vivo!..

En tanto hablaba así Gonzalo, con voz lo más hueca posible, apuntaba con una gruesa pistola, descargada por más señas. al grupo que estaba en la cama.

Pero ante la amenaza, saltó de ella Amílcar, rápido, y no tuvo más remedio que tirar de cartera y decir tímidamente al supuesto ladrón:

—¡Ahí va!... ¡Es cuanto tenemos!... No tire usted... y sea compasivo...

Gonzalo lanzó una franca carcajada. Luego se dió a conocer, cuando ya tuvo en su poder la cartera con el dinero. Finalmente, ante la rabia impotente de ambos amantes dijo con acento frío y natural.

—Bien que te quedes con esta perra— de mi mujer... Pero, hijo; ladrón por ladrón... Tu me has robado mi costilla. Yo te robo 4.000 pesetas... que ya eran mías. Estamos del todo pagados, Buenas noches!

FIN

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

PUBLICACIÓN SEMANAL

LEA USTED LA HERMOSA

COLECCIÓN PLACER

CACHONDA Y SABROSA — CADA TOMITO 10 CTS.

La primera noche de amor.—Suspiros tiernos.—Fiebre de amor.—La mujer del prójimo.—Goces supremos. Picardías de novios.—Horas placenteras.—Cariñitos de mujer.—Amor en globo.—Misterios del lecho NO conyugal.—Granujadas amorosas.—Amores crueles. Trapisondas de mujeres.—Los amores de Fausto.—Historia de tres amores.—Una boda extravagante. Sangre ardiente.—Enredillos de hembras. Palomitas tiernas.—El beso del camino.—Un maridazo.—Las hijas de Venus.—Centro Galante.—Delicias del amor.—La mujer ajena.—La Sabrosa.—Secretillos de alcoba.—La Isla del amor.—Un matrimonio modelo. La Virgencita. Las nenas cachondas.—Mujeres tunantes.—Canalladas de Cupido.—Travesuras de un conejo.—Diabluras deliciosas.—Paquita la blanda.—Lechos voluptuosos. Don Pepito se las trae.—Toma tripita.—Un catre cachondo.—Los labios de Isabel.—Noches sicalípticas. Mordiscos femeninos. ¡Venga cadera! El bosquecillo de Venus.—El sexo débil.—Una tía sin vergüenza. Caer de espaldas.—La danza de la popa.—Muslografía física. Boquitas de piñón.—Ombligos movilizados.—Los agujeros de Trini.—Vahídos sicalípticos.—Las rocas peludas.—Vaivenes caderiles.—Memorias de un lunar. La saeta de Cupido.—¡Vivala faldamenta!—Ajetreos amorosos. Lamentos de un somier.—Un Canuto libertino.—Las NALGAS marinas.—A punto de caramelo.—¡Vava cardo!—Los tres besos y medio. El morrongo de Venus.—¡Toma candela!—La liga perdida.—Cine placer.—Cositas del querer.—Paraíso del Amor.—El jergón de la dicha.—Cuatro gotas.—Acaparadora de besos.—Toma y daca—Una cama diabólica.—Placeres egipcios.—Piernas alzadas.—Las cosquillas del amor.—Sangresita Serrana—Dame tu aliento.—La rendija deliciosa. Cabecitas locas.—El muslo tentador.—Asaura pa'l catre.—Besitos chupados.

Publicaciones Alegres — Barcelona - Buenos Aires